

¿Por qué Está Abandonado el Museo Nacional?

Por Agustín TAMARGO

Hay

EL Museo Nacional está situado en la calle de Aguiar, en la llamada Habana vieja. Fué trasladado a ese lugar en el año de 1924, de la Quinta de Toca, en Carlos III, después de haber estado en el edificio antiguo Prontón Jai Alai, donde fué inaugurado el 28 de abril de 1913, hizo ayer justamente 31 años, siendo Presidente de la República el Mayor General José Miguel Gómez y Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes el doctor Mario García Kholy. La idea de su constitución se debe al señor Emiliano Heredia, que fué el primer Director que tuvo el Museo una vez creado por el Decreto presidencial número 183 del 23 de febrero de 1913.

Desde los primeros días el entusiasmo del público habanero por este establecimiento de cultura fué extraordinario. El señor Heredia recibió, apenas comenzada la actividad de organización, ininidad de obsequios en obras de arte, en joyas históricas, en pertenencias de los viejos libertadores cuyos familiares no vacilaron un instante en desprenderse magnánimamente de ellas sabiendo que se contribuía a una obra de progreso colectivo. Pero he aquí que fué otra la suerte que le tocó correr al esperado Museo. Aunque la calorización dada por el pueblo era excelente, de las esferas oficiales no llegaba o llegaba muy mal el apoyo requerido. A poco de inaugurado, el Alcalde habanero en esa época pidió el edificio urgentemente porque era necesario "para instalar en él otros departamentos municipales", por lo que tuvo que ser clausurado.

Nuevamente fué movilizado el entusiasmo entre los que deseaban que La Habana contase con un Museo demostrativo ante propios y extraños —sobre todo extraños— de que nuestro interés por los problemas de la cultura era real, y se consiguió que el Secretario de I. P. y Bellas Artes, entonces el doctor Ezequiel García Enseñat, arrendara la antigua Quinta de Toca, donde fué nuevamente abierto al público, en parte, a fines de 1917. Esto, empero, no duró mucho tiempo. En 1918 fué nueva-

mente clausurado hasta que el 20 de Mayo de 1919, ya con una moderna estructuración general que proporcionó con créditos especiales el nuevo Secretario de I. P. doctor Francisco Domínguez Roldán, se abrió al pueblo que contempló asombrado los modernos jardines, la cuidadosa organización interior, el robustecimiento en el conjunto de objetos adquiridos. Destituído en la última etapa de clausura el señor Heredia, como injusto pago a sus desvelos y afanes de mejoramiento nacional, fué designado el señor Antonio Rodríguez Morey como Director del Museo. Desde esa fecha —20 de Mayo de 1919— a nuestros días, el señor Rodríguez Morey ha permanecido en el puesto, luchando frente a todos los vendedores administrativos; en contra de los naturales tropiezos de una organización política zigzagueante, como la nuestra en los albores de la República; de espaldas a las voces pesimistas que lo desalentaban a menudo.

RODRIGUEZ MOREY, BRAZO Y CEREBRO

El señor Rodríguez Morey es una de esas personas que se capta, que se roba, mejor dicho, de inmediato nuestra simpatía. Nada de grandilocuencias tropicales, ni de engolamientos en la voz, ni de pavoneamiento en las palabras. Firme, sencillo, cordial, nos recibe en el Museo una de estas mañanas caliginosas de fiero verano, con interés manifiesto. Lo habíamos llamado por teléfono para saber si podía concedernos esta charla que ahora transcribimos y nos respondió muy gustoso que sí, que fuéramos cuando lo tuviéramos por conveniente. Caminando de un lado a otro, mostrándonos él los positivos alores que hay allí en arte, en letras, en historia; llegamos a una conclusión definitiva: la de

que es imprescindible que el Estado se interese más directamente por el Museo.

—No se como nos mantenemos— me explica: el presupuesto es ridículo; no llega a tres mil pesos al año en total. Con decirle que lo estipulado en la nómina para la compra de objetos asciende a la muy respetable cantidad de 18 pesos. ¿Cree usted que puede hacerse algo con esto? ¡Imposible!

—Con los empleados no cuento— continúa. Son 10 nada más y cuatro andan sirviendo en otros departamentos. Uno de estos es el carpintero, que tanta falta hace. Los policías son muy pocos y después de eso nunca los mantienen fijos aquí. Ya ocurrió hace poco tiempo aquel robo famoso, por causa de esta misma falta de vigilancia. No se atiende esto en la forma debida; y no es por falta de deseo nuestro, sino por el mismo abandono oficial. Le digo que es una tarea sobrehumana la que sostenemos. Yo, personalmente, soy el Director, el mecanógrafo y hasta el carpintero si la ocasión se ofrece. Los señores Ministros no se han ocupado nunca del Museo, si no, estaría en las condiciones que debe. Mire, uno de ellos me confesó que “éstas cosas no le interesaban”, y otro, no visitó el Museo ni una sola vez. Yo he luchado infatigablemente desde que fui designado para este cargo, hace 25 años ahora en Mayo. Muchas personas me han ofrecido objetos para el Museo, pero... Si es que no tenemos ni lugar donde colocarlos. A pesar del abigarramiento que usted observa, poco legal dentro de los cánones artísticos, existen muchos cuadros y objetos que no podemos exponer.

Caminamos y nos conduce al Departamento Martiano. Entre los objetos que se observan hay una carta del Apóstol dirigida a su madre, que se considera la primera que salió de su mano; está también su ropa y otras muchas reliquias que hablan de su vida y su obra.

—Mire —dice señalando al techo. El derrumbe aquí es inevitable. Un día va a perecer alguno de los visitantes debajo de los escombros.

Observamos que está sólo sujeto por las débiles esquinas. Más adelante, precisamente debajo del esqueleto del caballo de Máximo Gómez, en su Departamento, el piso está levantado peligrosamente.

—Esto es otro detalle —explica él. Todo por el estilo. Ya una vez hubo un derrumbe, pero, por suerte, fué de mañana y no había nadie. Venga, que le voy a enseñar donde fué.

Siguiendo sus pasos llegamos al entre-suelo del edificio. Hemos tenido que subir una escalera debilucha y atravesar por pasillos peligrosos.

—Un fuego —habla mientras camina— sí que acaba aquí con todo ésto. Menos mal que siempre hemos tenido mucho cuidado. Llegando al sitio escogido, agrega: —Mire el desastre.

El techo, en la mitad de uno de los departamentos, se ha desprendido totalmente. Hay en su lugar un enorme hueco que no ha podido taparse.

¿Y usted no cree que se hará algo para mudarlo?

—No sé. Primero se dijo, en 1925, que lo trasladarían para el Convento de Santa Clara; y cuando ya todo estaba preparado para el cambio, establecieron en ese lugar la Secretaría de Obras Públicas.

Más tarde se ha repetido hasta cansar que se adaptaría el Mercado del Polvorín, habiéndose hecho planos, estudios, etc., pero todo ha sido una nueva fantasía. En otra ocasión se habló también de la construcción de un edificio para el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, de modo que el que actualmente ocupa se acondicionaría para que pudiera servirnos, pero fué pura palabrería.

¿Y a qué lugar le gustaría más que se trasladara?

—Para mí lo mismo es un sitio que otro. La cuestión es que sea bueno; es decir, decoroso, seguro por lo menos contra incendios, derrumbes... y ladrones. Se habló también de que se situaría en la Plaza Cívica que se hará alrededor del Monumento al Apóstol, pero ya esas voces, que, sin duda estaban bien orientadas, han dejado de es-

eucharse. Ahora lo único que queda en proyecto es construir el Palacio de Comunicaciones y ceder al Museo el antiguo Convento de San Francisco donde este departamento se halla situado ahora.

—Para terminar, quisieramos saber lo que opina respecto al futuro. ¿Cree que de salir electo, el Dr. Saladrigas se preocupará por el Museo Nacional?

—Le diré. Creo que sí. Asistí al banquete de los intelectuales que convocó el candidato presidencial de la Coalición Socialista Democrática y he quedado complacido. Ese gesto del Dr. Saladrigas lo enaltece sobremanera. No puede suponerse que quiere él ganarse los votos de los intelectuales que electoralmente significan bien poco. Es una demostración de noble sentido por la cultura, de afilada intención progresista que lo garantiza como candidato. Cuando el Dr. Fernando Ortiz al hablar a nombre de los intelectuales, se refirió al Museo, diciendo que algo de tan profundo significado para la cultura nacional no era lo que debía ser, sino un rastro, los presentes, hombres de letras y de ciencias que comprenden esta dolorosa realidad, lo ovacionaron. Yo sé que esa ovación al pronunciamiento del Dr. Ortiz llegó a la sensibilidad y a la comprensión del Dr. Saladrigas. Y tengo fe, debo decirlo, en que se preocupe, una vez elegido por la voluntad mayoritaria de la Nación, por el mejoramiento de este Museo, que es base sólida de la cultura que él trata de levantar y defender.